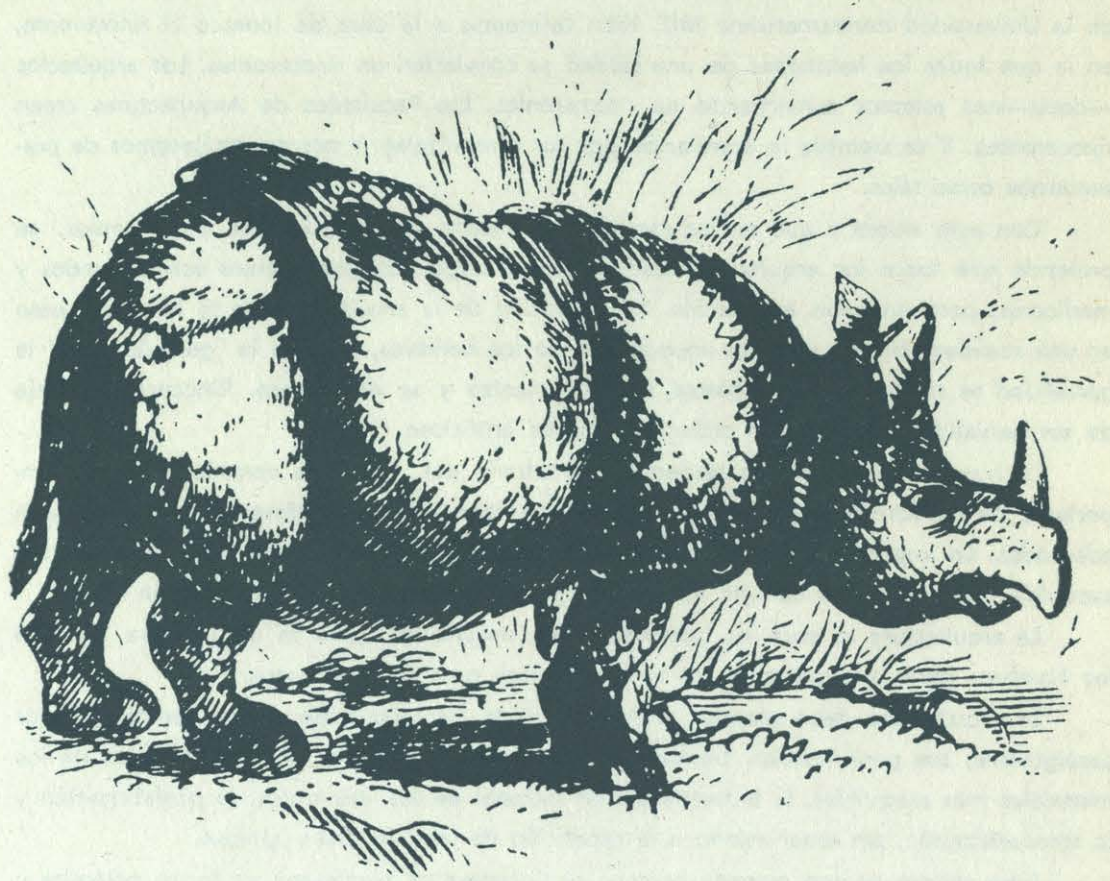




---

## CARTA DE COLOMBIA

---

Queridos amigos:

Escribo a los lectores de la Revista para contarles las novedades colombianas en el mundo de la arquitectura. Me he puesto a pensar en qué cosas pueden ser las que más les interesarán, y, aunque parezca mentira, he decidido referirme al último Congreso de arquitectos. Sí, parece mentira, porque, por una parte, este año pasado se han realizado en el país obras arquitectónicas de gran valor, y, por otra parte, los Congresos—aquí como en todas partes del mundo—suelen ser sólo una ocasión para conocer personalmente a los colegas entre variadas fiestas y festejos. Esto es ya muy bueno; pero lo malo es que suelen quedarse en eso: y los problemas profesionales planteados—aunque sean muy interesantes—y las conclusiones técnicas a las que se llega suelen quedarse en agua de borrajas.

El Congreso a que me refiero fué algo muy diferente. No hubo festejos. Las Comisio-

nes trabajaban diariamente en sesión continua y los congresistas comían en la sede del Congreso. Para que las señoras de los arquitectos no se aburrieran, se organizó un plan especial para pasearlas.

Pero no es esto lo verdaderamente importante del Congreso ni lo que me ha movido a escribiros sobre él. Lo que representó una violenta sacudida para los arquitectos y la arquitectura del país fué la conferencia del arquitecto argentino Eduardo Catalano, profesor de la Universidad norteamericana MIT. Hizo referencia a la obra de Ionesco *El rinoceronte*, en la que todos los habitantes de una ciudad se convierten en rinocerontes. Los arquitectos —decía—nos estamos convirtiendo en rinocerontes. Las Facultades de Arquitecturas crean rinocerontes. Y se siembra la admiración por los rinocerontes. Y nos enorgullecemos de presentarnos como tales.

Con esto aludía a que en las escuelas se enseña una arquitectura para genios, se pretende que todos los arquitectos sean genios, y surgen así unos genios estereotipados y mediocres, pero no salen arquitectos. La valoración de la arquitectura no se hace con base en una realidad objetiva y en las necesidades de los hombres, sino en la "genialidad". Y la genialidad se multiplica, se mimetiza, se deshumaniza y se empobrece. Rinocerontes. Deja de ser genialidad: Es, sólo, un orden de valores artificioso.

La buena arquitectura no podemos encontrarla ahí. Debemos considerar que lo importante de las formas arquitectónicas no es que sean nuevas y diferentes, sino que sean adecuadas. Lo importante de un sistema constructivo no es que sea ingenioso, sino que sea asequible. Lo importante de una estructura no es que sea atrevida, sino que sea lógica.

La arquitectura es para los hombres, y los arquitectos, para la arquitectura. No son los hombres para la arquitectura ni la arquitectura para los arquitectos.

La arquitectura debe atender, antes que nada, las necesidades de los hombres, y, por consiguiente, sus posibilidades. Dentro de esto, deberá considerar el empleo lógico de los materiales más asequibles, la industrialización racional de los elementos, la prefabricación y la *standardización*, sin tener miedo a la repetición de las soluciones óptimas.

Estos puntos no son nuevos; pero en el Congreso se plantearon en forma polémica y causaron una conmoción en muchas discusiones y mesas redondas. El impacto de ellos se ha dejado sentir ya en las actividades de los arquitectos y en el criterio que rige la enseñanza en las Facultades de Arquitectura.

Coincidiendo con el Congreso, se celebró la Exposición Bienal de Arquitectura Colombiana. Los trabajos presentados eran motivo de un justo orgullo para el país, tanto por sus calidades plásticas como por sus hallazgos constructivos. Todo el mundo estaba convencido de que tanto muchas de las obras individuales como el conjunto representaban un avance notable con relación a Exposiciones anteriores. Sin embargo, el Gran Premio fué de clarado desierto.

El fallo, claro, cayó como una bomba.

En el acta del jurado se explicaba muy conscientemente la decisión, que respondía, sin duda alguna, a un criterio muy respetable atendiendo un aspecto de gran importancia: El jurado reconocía y elogiaba los valores plásticos y constructivos de las obras presentadas, pero señalaba que constituían una arquitectura más para admirar que para imitar, y que no se podía poner como ejemplo por no responder a la realidad del país. El premiarla hubiera sido tanto como ponerla como modelo, hubiera sido tanto como decir: "Este es el camino que debemos seguir", lo cual llevaría consigo fomentar un desconcierto. Sería, en cierta manera, dar carta de naturaleza al rinoceronte.

Recibid un fuerte abrazo de

LUIS BOROBIO

Catedrático de la Facultad Nacional  
de Arquitectura de Medellín.